



Humberto no es bien recibido

Ese día regresamos del mercado a casa a las diez de la mañana y yo subí con Humberto a la azotea. Lo dejé libre, para que paseara por su nuevo hogar, mientras le acondicionaba un cálido rincón, en una caja de zapato.

Me di cuenta de que no podía arrimarlo simplemente en ese rincón, porque el sol lo achicharraría. Entonces junté dos de las macetas de mi madre que tenían helechos, de hojas grandes, verdes y muy frescas como las de lechuga, y rodeé la caja

con las macetas para que las hojas le hicieran sombra.

Imaginé luego que el pollo crecería y necesitaría una caja más grande que la de los zapatos. Había que hacerle una jaula entonces y para eso necesitaba ayuda. Llamé a mi papá, que en un segundo subió corriendo a la azotea, pero no porque yo lo había llamado, sino porque estaba buscando sus famosas medias blancas (bien percudidas) de la suene, con las que juega su fulbito.

—Papá, ¿me ayudas a hacer una jaula? —le pregunté.

—Claro, campeón —me dijo, pero, en realidad, no me había hecho caso —ahorita no puedo ayudarte —me dijo al toque—, porque me esperan en la cancha pa' mi fulbito.

Andaba descalzo mi papá, de costadito, porque el piso quemaba. Buscó sus medias en el tendal de la

ropa recién lavada y cuando las encontró y estaba por irse, ¡zas!, se resbaló y casi se va al suelo, pero recuperó el equilibrio.

— Caraj... — dijo — ¿pero, qué...?

Papá se agachó para ver qué lo había hecho resbalar y entonces se dio cuenta de que esa grasosa sustancia verde y amarilla que había en el piso era...

— Caca de pájaro... esta cosa verde es caca de pájaro — dijo.

Y en ese momento se dio cuenta de que algo piaba.

— ¿Es un pollo? — preguntó de nuevo.

— Sí — le respondí.

— ¿Has comprado un pollo?

— Sí.

— ¿Y ese pollo se ha hecho caca acá?

— Sí — respondí —, eso creo.

Entonces se le incendiaron lo ojos, como cada vez que se pone furioso.

—¿Te he contado que tu abuela siempre tuvo pollos, patos, conejos, gallinas, en la azotea de mi casa?

—dijo—. ¡Te he contado que durante toooooodos los días de mi niñez jamás tuve una azotea para mí solito, como tú la tienes, que subes y tiras toooooodos tus juguetes por ahí... que te echas en el piso con toooooodas tus herramientas cuando desarmas algo? ¿Y sabes por qué yo no podía hacer eso? Porque mi azotea siempre estaba llena de un montón de caca de animales. Y ahora, ¿tú me traes un pollo a la casa?

No dijo más y me dio la espalda. Pero cuando iba a desaparecer por la escalera, se volvió y regresó...

—Vas a quedarte con el pollo, pero te vas a ocupar de él, nadie más que tú le dará de comer, nadie limpiará lo

que ensucia, salvo tú. Te voy a dar el privilegio de tener un animal en la azotea, pero debes recordar que todo privilegio comporta una gran responsabilidad.



— ¿Y ese pollo se ha hecho caca acá?